

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

UN CAPÍTULO TRASCENDENTAL: OBREGÓN, ¡PRISIONERO DE VILLA!

SENSACIONAL RELATO HACE SU SALVADOR

González Garza, a quien el Gral. Obregón debió la vida
en aquel entonces, cuenta hoy cómo ocurrió aquel suceso

LA VALENTÍA DEL MILITAR SONORENSE

Frente a Villa, de pie y con los brazos cruzados, el Gral. Obregón
esperó estoicamente el momento de morir en el patíbulo

CAPÍTULO III

Al ocupar la ciudad de Zacatecas, el Gral. Francisco Villa envió un mensaje a Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, dándole gran parte del triunfo de las armas revolucionarias y protestándole nuevamente su adhesión.

El convencionismo

Un motivo para dar fin al conflicto que se había suscitado como consecuencia de los mensajes cruzados entre Villa y Carranza parecía ser el mensaje del guerrillero. Sin embargo, el Primer Jefe, por conducto del encargado de la cartera de comunicaciones, advirtió al general Villa que el abastecimiento de carbón para los trenes de la División del Norte quedaba suspendido.

Villa, en una junta con sus generales, no ocultó la sorpresa que le había causado la orden de Carranza, y anunció su resolución de continuar su avance hacia el sur, como una nueva prueba de que no le guiaba ambición alguna, y creyendo que su actitud serviría para probar al Primer Jefe su deseo de poner fin a la delicada situación que existía.

Pero varios generales de la División del Norte no estimaron conveniente el acuerdo creyendo que sería un sacrificio inútil.

El coronel Roque González Garza se encargó de hablar con los lugartenientes del guerrillero, convenciéndolos de la necesidad de explicar al general en jefe la inutilidad del sacrificio que se iba hacer. Las razones de González Garza convencieron a los generales, quienes lo comisionaron para que, juntamente con el general Felipe Ángeles, hablaran con el general Villa sobre el particular.

CONTINÚA EL AVANCE AL SUR

Villa escuchó atentamente a los dos comisionados, diciéndoles al fin:

—*Me han convencido ustedes* —y dirigiéndose a Ángeles, añadió—: *General, arregle sus tropas, que saldrán a las órdenes de usted hacia el sur.*

Ángeles y González Garza salieron casi corriendo del cuartel general.

—*iCoronel, me siento el hombre más feliz del mundo!* —exclamó Ángeles.

—*iHasta la capital, mi general!* —respondió González Garza, emocionado.

Y el general Ángeles, con rapidez asombrosa, seleccionó y organizó sus fuerzas, y después de despedirse del general en jefe, el 25 de junio en la mañana salía con sus trenes militares hacia el sur, rumbo a Aguascalientes.

Los trenes de los revolucionarios se movieron lentamente, y no se encontraban muy distantes de Zacatecas, cuando el general Ángeles recibió un mensaje del guerrillero, ordenándole el inmediato regreso.

El general Ángeles volvió tristemente a Zacatecas. González Garza se presentó a Villa, insistiendo en la necesidad del avance, hasta convencer nueva-

mente al guerrillero, quien entonces nombró jefe de la vanguardia al general Raúl Madero. Los trenes militares se movieron otra vez, pero, como en la primera, apenas se habían alejado de Zacatecas cuando una segunda orden del general en jefe los hizo regresar.

VILLA NO QUERÍA ROMPER CON CARRANZA

Al hacer volver a sus fuerzas por segunda vez a Zacatecas, el general Villa insistió en que el avance podría provocar la ruptura definitiva con el Primer Jefe, lo que trataba de evitar a toda costa.

Además, hizo saber que la falta de parque suficiente para nuevas batallas con los federales; la falta también de carbón de piedra para la movilización de los trenes y, finalmente, el temor de quedar “cortado” de su base de operaciones, eran causas poderosas para no seguir el avance.

Villa fundaba sus esperanzas de solucionar el conflicto con Carranza, en la invitación que había recibido por conducto de dos delegados de la División del Noreste, el licenciado Miguel Alessio Robles y José Ortiz Rodríguez, ofreciendo los buenos oficios del general Pablo González y de los generales de la misma división para restablecer la armonía.

Los comisionados de la División del Norte, propusieron la celebración de una conferencia entre representantes de las dos divisiones, con el objeto de buscar la fórmula salvadora del conflicto. El general Villa aceptó la invitación, resolviéndose entonces, que la conferencia de representantes de las Divisiones del Norte y del Noreste se efectuaran en Torreón.

LA CONFERENCIA

Fue el 4 de julio de 1914 cuando las conferencias entre los delegados de las divisiones del Noreste y del Norte fueron inauguradas.

Representando a la División del Noreste estaban los generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero, y como secretario Ernesto Meade Fierro. Como representantes de la División del Norte asistieron el general José Isabel Robles, el doctor Miguel Silva, el ingeniero Manuel Bonilla y como secretario el coronel Roque González Garza.

El convencionismo

Los delegados se instalaron en los altos del Banco de Coahuila, eligiendo presidente de la conferencia al doctor Miguel Silva, ex gobernador del estado de Michoacán.

El ingeniero Manuel Bonilla fue el encargado de exponer ante los delegados las dificultades surgidas entre la División del Norte y el Primer Jefe, ampliando la información el general José Isabel Robles.

Como resultado de los informes de Bonillas y Robles, los asistentes a la conferencia tomaron dos acuerdos. El primero, la ratificación de adhesión al Primer Jefe, de la División del Norte, y el segundo constituyó un voto de confianza al general Villa, como jefe de la División del Norte.

Los delegados de la División del Norte insistieron en la necesidad de que el Primer Jefe nombrara un gabinete responsable, de acuerdo con todos los grupos, resolviéndose proponerle para que eligiera entre las siguientes personas: Fernando Iglesias Calderón, Luis Cabrera, Antonio I. Villarreal, Miguel Silva, Manuel Bonilla, Alberto J. Pani, Eduardo Hay, Ignacio L. Pesqueira, Miguel Díaz Lombardo, José Vasconcelos, Miguel Alessio Robles y Federico González Garza.

La parte política más interesante fue la que aprobaron los delegados reformando algunos capítulos del Plan de Guadalupe. Conforme a las reformas, don Venustiano Carranza, al triunfo de la Revolución, asumiría el carácter de presidente interino, procediendo inmediatamente a convocar a elecciones de presidente constitucional; en la misma forma se procedería en los estados en los cuales los gobernadores no se hubieran afiliado a la revolución. Además, quedó definitivamente establecido que ningún jefe del Ejército Constitucionalista podría figurar como candidato a la presidencia. Finalmente, los delegados aprobaron una reforma de gran trascendencia, estableciendo que al triunfo de la revolución, el Primer Jefe convocaría a una convención que había de formular el programa del nuevo gobierno.

OTROS ACUERDOS

Sobre el conflicto que existía en Sonora entre un grupo revolucionario y el gobernador constitucional José María Maytorena, los delegados tomaron una resolución, sugiriendo que el Primer Jefe “obre de la manera que crea más conveniente para solucionar el conflicto en dicho estado, sin violar su sobe-

ranía ni atacar la persona del gobernador electo constitucionalmente C. José María Maytorena”.

La última resolución tomada, decía en su parte final:

Las Divisiones del Norte y del Noreste se comprometen a combatir hasta que desaparezca por completo el ejército ex federal, el que será substituido por el Ejército Constitucionalista; a implantar en nuestra nación el régimen democrático; a procurar el bienestar de los obreros; a emancipar económicamente a los campesinos haciendo una distribución equitativa de tierras o por otros medios que tienda a la resolución del problema agrario, y a corregir, castigar y exigir las debidas responsabilidades, a los miembros del clero católico romano que material o intelectualmente hayan ayudado al usurpador Victoriano Huerta.

Las conferencias terminaron el 8 de julio, e inmediatamente los delegados de la División del Noreste salieron para Saltillo a informar de su cometido.

LA RESPUESTA DE CARRANZA

El general Pablo González, jefe de la División del Noreste, se encargó de dar a conocer al señor Carranza las resoluciones de la Conferencia de Torreón, a lo cual el Primer Jefe le contestó el 13 de julio:

Me es grato referirme al atento oficio de usted fechado ayer, al cual se sirvió acompañar adjunto copia certificada del protocolo de las conferencias celebradas en la ciudad de Torreón los días 4, 5, 6, 7 y 8 del actual que tuvieron como objeto solucionar el incidente surgido entre esta Primera Jefatura del E. C. que es a mi cargo, y los generales de la División del Norte de este ejército, habiéndome impuesto detenidamente de las actas de las Conferencias en Torreón, que se celebraron entre los señores generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero, como representantes en la División del Noroeste y el señor Ernesto Meado Fierro, como secretario, y los señores doctor Miguel Silva, ingeniero Manuel Bonilla y general José Isabel Robles, en representación de la División del Norte y como su secretario Roque González Garza, y habiéndose también enterado de las resoluciones a que los señores delegados llegaron para someterlas a la consideración de esta Primera Jefatura,

El convencionismo

debo manifestar a usted, para que a su vez se sirva ponerle en conocimiento de los señores generales del Cuerpo de Ejército que es a su digno mando y de los señores generales de la División del Norte, lo siguiente:

La Primera Jefatura del E. Constitucionalista a mis órdenes aprueba, en lo general, los acuerdos tomados en las conferencias de Torreón por los señores representantes del Cuerpo de Ejército del Noreste y la División del Norte, con motivo del incidente surgido entre esta Primera Jefatura y la citada división, como una consecuencia de los mensajes que nos cambiamos en los días 13, 14 y 15 del mes de junio próximo pasado.

Considerando en lo particular puede una de las cláusulas aprobadas en las conferencias de Torreón, me refiere de un modo especial a aquellas que tuvieron que objetarse, en la inteligencia que el resto de ellas se aprobarán o tomarán en consideración en su caso por esta Primera Jefatura.

Los señores representantes del cuerpo de Ejército del Noroeste y la División del Norte acordaron que al tomar posesión el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista conforme al Plan de Guadalupe, del cargo del Presidente Provisional de la República, convocará a una convención que tendrá por objeto discutir y fijar la fecha en que se verifiquen las elecciones, el programa de gobierno que deberán poner en práctica los funcionarios que resulten electos, y los demás asuntos de interés nacional. La Convención quedará integrada por delegados del Ejército Constitucionalista, nombrados en juntas de jefes militares a razón de un delegado por cada mil hombres de tropa. Cada delegado a la convención acreditará su carácter por medio de una credencial que será visada por el jefe de la división respectiva, y esta primera jefatura, después de prestar toda atención a la cláusula de referencia, ha resuelto que al tomar posesión de la presidencia interina de la República conforme al Plan de Guadalupe, convocará a una junta a todos los señores generales del Ejército Constitucionalista con mando de fuerzas, a la que asistirán también los señores gobernadores de los estados, pudiendo los que no concurren, nombrar delegados que al efecto los representen. La junta citada tendrá por objeto estudiar y resolver lo conducente a la reformas de distinta naturaleza que deben implantarse y llevarse a la práctica durante el gobierno provisional, así como también con el objeto de fijar la fecha en que deberán de llevarse a cabo las elecciones generales y locales en la República. Esto sin perjuicio que la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista tome desde ahora las medidas que crea convenientes para el mejoramiento económico de los habitantes de la Nación.

Respecto a la cláusula octava que se aprobó en las conferencias, debe expresar que los asuntos emitidos en ella son ajenos al incidente que motivó las conferencias.

(La cláusula octava se refiere a las numerosas reformas sociales propuestas durante las conferencias por el general Antonio I. Villarreal y aceptadas por los delegados de ambas divisiones.)

LA NUEVA DESILUSIÓN

La respuesta del Primer Jefe causó honda desilusión entre los generales de la División del Norte. El conflicto que después de las conferencias de Torreón había quedado solucionado volvía a surgir. Los lugartenientes de Villa criticaron al general Pablo González y a los delegados que habían asistido a la conferencia, considerando que habían sido muy débiles al permitir que Carranza se burlara de los acuerdos tomados.

Además, creyeron ver en la invitación a la conferencia una maniobra del Primer Jefe para detener el avance de la División del Norte, con la promesa de sembrar la paz, mientras que las divisiones del Noroeste, de la que era general en jefe Álvaro Obregón, y del Noreste se aproximaban rápidamente a la Ciudad de México, despejado ya el camino, después de los combates de Torreón, San Pedro, Paredón y Zacatecas.

La lucha entre la División del Norte y los partidarios de Carranza estuvo a punto de estallar. Los generales pedían a Villa avanzar rápidamente a la Ciudad de México, creyendo que la marcha sería arrolladora. Pero Villa se opuso, exigiéndoles un supremo sacrificio: la cesión de todos los triunfos de la División del Norte a los otros grupos revolucionarios y al propio Carranza.

Villa llamó a sus generales a una junta, durante la cual, expuso:

—Parece que el señor Carranza tomó nuestro avance, y creo que debemos suspenderlo definitivamente, dejando que los generales González y Obregón lleguen a la capital. Nosotros nos quedaremos aquí, tranquilos, esperando que la Nación dé su fallo.

—¡Será una cesión a costa de los intereses de la División del Norte y de sus componentes! —contestaron varios generales de Villa. Pero el guerrillero insistió con energía, que aun a costa de todos los intereses y las victorias obtenidas, la División del Norte permanecería sin moverse hasta que fuera asegurada la paz.

Suspendido el avance de la División del Norte, los generales González y Obregón continuaron la marcha, abiertas ya las puertas por los villistas, hasta la capital de la República.

El convencionismo

INTERVIENE OBREGÓN EN EL CONFLICTO

Ocupada la Ciudad de México, el general Álvaro Obregón (quien encontrándose en Tepic en la primera fase del conflicto entre Villa y Carranza, había contestado con la mayor indiferencia un mensaje del guerrillero en el que se le ponía al corriente de las dificultades surgidas), espontáneamente ofreció su mediación para solucionar el problema entre la Primera Jefatura y la División del Norte. Viajó a Chihuahua, conferenció largamente con Villa y con los generales descontentos, y enterado del origen del conflicto, les dio la razón. Suscribió entonces el general Obregón un documento con Villa, en el cual se señalaban las principales causas del conflicto y la forma de solucionarlo.

Obregón regresó a la Ciudad de México, acompañado del doctor Miguel Silva y del licenciado Francisco Díaz Lombardo, para someter el memorándum al Primer Jefe. Pero ya en la capital, el general Obregón cambió de opinión resolviendo hacer un segundo viaje a Chihuahua con el objeto de convencer a Villa de que debía someterse incondicionalmente a Carranza.

Con gran desconfianza fue recibido Obregón en su segunda visita. Sin embargo, éste obró con diplomacia, ayudado por la invitación de Carranza a todos los generales para que asistieran a una conferencia que había de reunirse en la Ciudad de México el primero de octubre de 1914. Los generales de la División del Norte aceptaron la invitación, resolviendo asistir todos, pero enviando como avanzada a José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, mientras que el general Villa enviaba como delegado personal al coronel Roque González Garza. Partieron los delegados, acompañados de Obregón; pero poco antes de llegar a Torreón, recibieron órdenes terminantes de Villa de regresar a Chihuahua. El general Villa acababa de recibir informes de que, por órdenes de Carranza, había sido cortada la vía férrea al sur de Torreón.

Y regresaron los delegados a Chihuahua, para asistir a uno de los momentos más críticos de la Revolución mexicana: el momento en el cual el general Francisco Villa estuvo a punto de fusilar al general Obregón.

OBREGÓN, PRISIONERO DE VILLA

En la casa del general Felipe Ángeles, en la ciudad de Chihuahua, cambiaban impresiones sobre la situación del país el propio Ángeles, el doctor Miguel

Silva y el coronel Roque González Garza, cuando un oficial entró precipitadamente a la habitación.

—*Mi general* —informó el oficial a Ángeles—, *el general Obregón va a ser pasado por las armas en estos momentos!*

Los tres revolucionarios dieron un salto, dirigiéndose violentamente hacia el cuartel general de Villa, establecido en la residencia de la familia Luján. Un gran movimiento de tropas había en el exterior del cuartel general.

El general Ángeles se detuvo a la entrada, donde numerosos jefes y oficiales le explicaron rápidamente cuál era situación, mientras que González Garza, abriéndose paso entre los revolucionarios que tenían bloqueadas las puertas, llegó hasta el *hall*.

El entonces mayor Francisco R. Serrano y otros oficiales del Estado Mayor del general Obregón le pidieron que interviniera en favor de su jefe. Algunos oficiales lloraban; de un momento a otro esperaban ver salir al general sonorense al patíbulo. González Garza abrió de un golpe la puerta de la sala de la casa en donde se oían la enérgicas palabras del general Villa y, aparentando serenidad, se dirigió hacia el general en jefe de la División del Norte.

Villa muy excitado, estaba frente a Obregón. Raúl Madero, frotándose las manos, nerviosamente, estaba a unos cuantos pasos de los dos generales.

—*Si me ha llegado la hora de morir, ¡así lo quería el destino!*... —escuchó González Garza que decía el general Obregón, con gran aplomo.

Aparentando gran tranquilidad, el coronel González Garza se acercó al guerrillero y fingiendo ignorar la situación, afablemente le dijo:

—*Mi general, ¿cómo está usted?*

Y volviéndose hacia Obregón, añadió:

—*Mi general, ¿y usted?*

Finalmente, descubriendo a Raúl Madero, se volvió a él:

—*¿Qué hay de nuevo, Raúl?*

—*Mi general* —añadió González Garza, dirigiéndose a Villa—, *¿qué novedad tiene usted?*

LOS CARGOS A OBREGÓN

Villa clavó la vista en el coronel y, con un gesto despectivo, mientras señalaba a Obregón, contestó:

El convencionismo

—*Nomás que este “perfumao” me andaba sonsacando a algunos elementos, y he dado órdenes para fusilarlo...*

—*Mi general, el caso es grave, y yo creo que debería verse con mayor serenidad* —insinuó González Garza.

—*¿Serenidad, cuando nos están traicionando? ¿Cuándo el viejo Carranza nos manda cortar la vía en la Colorada? ¿Cuándo el viejo se ha burlado de González, de Obregón y de mí? ¿Cuándo no respeta ningún acuerdo de los jefes de la Revolución? ¿Cuándo nos manda a Obregón para sonsacarnos a mis mejores generales? ¡Qué no sabe usted que Obregón andaba queriendo sonsacar a Robles, a Aguirre Benavides, a Chao y a otros?* —dijo Villa levantando cada vez más la voz.

—*Mi general, yo creo que precisamente lo que Carranza quiere es que usted fusile a mi general Obregón, para después presentarlo usted como un asesino, como un bandido...* —afirmó González Garza resueltamente.

El coronel habló con tanta serenidad y firmeza, que el guerrillero pareció vacilar un instante. Hizo un gesto mohino. Dio la media vuelta y, cavilando, llegó hasta el confidente dorado tapizado de rica seda y sin levantar la vista se sentó poco a poco. Luego subió los dos pies al asiento, no sin hacer un esfuerzo al quebrarse las rodillas, y abrazándose las piernas y casi sacando entre ellas la cabeza, continuó severo, mudo como una esfinge.

De pie, el general Obregón, intensamente pálido, pero sereno; con los brazos cruzados sobre el pecho, fijo en los movimientos de Villa, como queriendo adivinar los pensamientos que cruzaban por la mente del gran intuitivo.

Y casi detrás de él, el general Raúl Madero, nervioso, fatigado por la terrible escena de la que había sido único testigo desde el momento que el general en jefe de la División del Norte había ordenado la aprehensión del sonorense.

NUEVOS ARGUMENTOS

González Garza, al ver que Villa se retiraba, hizo una pausa; continuando mientras que el guerrillero se acomodaba en el confidente, con calor.

—*Si usted, mi general, fusila al general Obregón, no solamente ante el pueblo de México, sino ante todas las naciones será presentado como bandolero, y nosotros como cómplices.*

El coronel se detuvo. Reinó el silencio. Era el momento más solemne. Una palabra del general Villa bastaba para evitar la tragedia; pero también una palabra sería suficiente para precipitar el drama.

Villa, al fin, hizo un movimiento ligero. Sin cambiar de postura y sólo levantando la mirada buscó a González Garza. El hombre había vuelto a ser hombre, y pudo así preguntar con mayor naturalidad:

—*Entonces, ¿qué propone usted?*

—*¡Que ponga usted en libertad al general Obregón!* —exclamó apresuradamente González Garza.

Villa no respondió. Sin duda alguna, sostenía una lucha interna.

—*Si usted pone en libertad al general Obregón* —añadió con entereza González Garza—, *los revolucionarios de todo el país quedarán convencidos una vez más que la División del Norte no lucha por ambiciones; que persigue nobles fines. Así, si Carranza persiste en la guerra, será a él a quien el pueblo condene por la sangre que injustamente sea derramada; y si el general Obregón marcha al lado de Carranza, y si se pone al enfrente del ejército que nos ha de combatir, saldremos a batirnos en buena lid, sabiendo que la justicia está de nuestra parte y que la poderosa División del Norte es capaz de aplastar al enemigo. Y si usted me lo permite, mi general, marcharé a la vanguardia de nuestra división. Pero que el fusilamiento del general Obregón, mi general, no sea el pretexto para que se nos acuse a nosotros como la causa de un nuevo derramamiento de sangre. México necesita de paz después de caído el régimen de la usurpación, y que a usted, mi general, quepa la gloria de no haber alterado la paz.*

LA RAZÓN FUE DOMINANDO A LA PASIÓN

La serenidad apareció poco a poco en el rostro del guerrillero. Paulatinamente fue levantando la cabeza. La razón iba dominando a la pasión. Surgía nuevamente el reflexivo; el hombre que con una mirada tenía suficiente para dominar el campo del enemigo; para llegar hasta el último rincón del alma y de la fuerza del rival. No las palabras, sino los segundos habían sido suficientes al pensamiento del general para entrever la luz.

—*Bueno, ¿qué propone usted?* —insistió el guerrillero, como queriendo, con la respuesta, dar cima a su pensamiento.

El convencionismo

—*Que me permita usted conducir al general Obregón hasta el campo carrancista y después, que me permita usted marchar a la vanguardia para combatirlo.*

Villa se puso en pie, avanzó lentamente hasta quedar de nuevo frente a frente al general sonorense, preguntándole maliciosamente:

—*¿Usted, general, qué dice?*

—*Soy su prisionero y disponga de mí* —contestó valientemente Obregón.

El general Obregón estaba como clavado en el suelo. No había hecho el más ligero movimiento. No buscaba ansiosamente una resolución; la esperaba estoicamente.

Hubo un segundo capítulo durante el cual, el general Villa insistió en acusar de traidor a Obregón, y, de reclamarle falta de franqueza, cuando no había sido capaz de firmar la resolución en su primera visita a Chihuahua.

Obregón decía que continuaba creyendo que todavía era posible arreglar el conflicto con buena voluntad y que consideraba que era de urgente necesidad la realización de una convención de los jefes revolucionarios.

Villa quería adivinar la sinceridad del general sonorense. Ya entero, recuperadas las facultades de humano, era un maestro el que ahora trataba con un discípulo que hace travesuras a sus condiscípulos y a su mismo maestro, ocultando siempre sus intenciones. Obregón no aceptaba el papel; no se defendía; insistía en explicar.

En el tercer capítulo, los dos generales parecieron olvidar la situación anterior, y el acuerdo empezó a surgir.

UNA PROFECÍA DE TOMÁS URBINA

Hacía mas de dos horas que González Garza luchaba por convencer al general Villa para que diera la libertad a Obregón, y empezó a sentir fatiga. Viendo al guerrillero ya calmado, González Garza salió de la sala para ir al comedor en busca de un estimulante.

Sentados a la mesa del comedor, estaban los generales Rodolfo Fierro, Tomás Urbina y otros, acompañados de numerosos jefes. Todos cuchicheaban cuando entró el coronel, teniendo la vista fija en la puerta de la sala.

Fierro, al ver a González Garza, le pidió con violencia:

—*¡Déjense de discutir y denos a Obregón para matarlo!*

—Usted —recalcó Urbina— *está haciendo para que Obregón se nos escape pero mire, coronel, recuerde lo que ahora le dice Urbina: si Obregón se nos va, nos va a dar mucha guerra después...*

—*Yo creo que sólo estoy cumpliendo con mi deber, mi general*— contestó González Garza dirigiéndose a Urbina y libando una copa de coñac.

—*Está bien, haz tú lo que quieras, pero ahora mismo se lo pediremos al jefe* —agregó Fierro, poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta de la sala.

Pero Luis Aguirre Benavides, secretario particular de Villa, quien se encontraba en la puerta, le prohibió el paso:

—*Tengo orden de no dejar pasar a nadie, mi general* —dijo con valor el secretario.

Hubo un momento en que todos los que estaban sentados a la mesa se pusieron de pie. González Garza temió más que nunca por la vida del general Obregón.

—*Esperen a que mi general Villa lo arregle todo* —pidió el coronel a los generales.

Fierro pareció serenarse. Volvió al lado de Urbina y nuevamente se sentó, escuchando a varios oficiales que le hablaban al oído.

González Garza entró de nuevo a la sala, donde Villa luchaba con sus pensamientos.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 28 de agosto de 1932, año xx, núm. 198, pp. 1-2.